



Francisco I. Madero y los principales jefes revolucionarios.

Fotos: Cortesía INEHRM

Tratados de Ciudad Juárez, fin de una era

El ocaso de la dictadura fue sellado por el encuentro entre Madero y la representación de Díaz

POR ANGÉLICA VÁZQUEZ DEL MERCADO*

expresiones@nuevoexcelsior.com.mx

Desde que Francisco I. Madero lanzó el Plan de San Luis convocando a la rebelión el 20 de noviembre de 1910, las manifestaciones de inconformidad se habían multiplicado. La necesidad de abrir espacios para los grupos sociales en crecimiento, la crisis económica, la desigualdad social, entre otros factores, provocaron los primeros pasos contra el régimen. Además, la figura de Díaz estaba física y moralmente disminuida.

El 11 de mayo de 1911, acababa de caer Ciudad Juárez en manos del Ejército Libertador, comandado por Madero. El camino para tomar esta plaza había sido tortuoso por el enfrentamiento entre seres humanos, los daños materiales y tantas cosas que estaban en juego: la permanencia del régimen, la imagen al exterior, el caos consecuente y la incertidumbre en el reordenamiento de los actores políticos, la recomposición y la reconstrucción de una nación dividida y lastimada.

Algunas voces afirmaban que las rebeliones no trascenderían y tachaban a los revolucionarios de bandoleros. Sin embargo, en los primeros meses de 1911, los síntomas se acentuaron y en los altos círculos del poder se sintió la estructura tambalear. El general daba muestras de soledad: su secretario estrella, José Yves Limantour, seguía en Europa renegociando la deuda, a pesar de las demandas de su presencia en México. A sus gobernadores instruía en organizar las milicias para detener la rebelión; sin embargo, las respuestas eran desalentadoras.

En marzo de 1911, Díaz actuó con evidentes signos de desesperación y se adjudicó

Batalla

48
HORAS

ininterrumpidas duró la batalla de Ciudad Juárez.

1

MILLÓN

de cartuchos se recogieron tras la rendición.

11

MIL

781 personas habitaban Ciudad Juárez en 1911.

algunas de las exigencias revolucionarias. Hizo cambios en el gabinete, pero declinó la renuncia de Limantour e incorporó a personas que creía eran empáticas a los revolucionarios y sacrificó a algunos gobernadores.

Mientras los revolucionarios amenazaban con atacar Ciudad Juárez, Díaz permanecía en la capital del país tratando de recomponer lo irreparable. Propuso reformas importantes: efectividad del sufragio, la no reelección y la regeneración de la administración de justicia.

Too late, Mr. President. El caballo revolucionario estaba desbocado no sólo en el norte del país, sino también en Yucatán, Puebla, Tlaxcala, Colima, Nuevo León, Coahuila, San Luis Potosí, Veracruz... En abril, Limantour des-

embarcó en Nueva York para encontrarse con emisarios revolucionarios y tratar de llegar a un acuerdo que garantizara la paz. Paralelamente se llevaban a cabo pláticas con delegados oficiosos, los voluntarios Oscar Braniff y Toribio Esquivel Obregón. Al parecer, Díaz trataba con Madero. Lo cierto es que mucha gente metió su cuchara. En el bando revolucionario había diferencias en cuanto a los términos a negociar, como la renuncia de Díaz: Limantour se había resistido todo ese tiempo como un punto no negociable, y Madero estaba de acuerdo con él.

La mañana del 8 de mayo, se desató en Ciudad Juárez el enfrentamiento, aún en contra de las intenciones de Madero de no romper la tregua. En un par de días, los revolucionarios tomaron la ciudad fronteriza. En ese momento a Díaz no le quedaba de otra más que negociar la rendición; su renuncia era ineludible.

“Así – cuenta uno de los protagonistas – a las 11 de la noche del 21 de mayo de 1911 y en la calle donde se encuentra ubicada la aduana de Ciudad Juárez, alumbrándose con cerillas y faros de automóvil y sobre la espalda de uno de los concurrentes se firmaron los tratados de Ciudad Juárez”. Los firmantes fueron Madero, José María Pino Suárez y Francisco Vázquez Gómez y del lado gobiernista, Francisco S. Carvajal.

Los Tratados de Ciudad Juárez puntualizan las renuncias de Díaz y Corral; el nombramiento del Presidente interino con obligación de organizar las elecciones; la promesa de estudiar las condiciones en los estados; el tema de las indemnizaciones y dos acuerdos oficiales: el cese de las hostilidades en todo el país y el compromiso de reconstruir las vías de comunicación.

Limantour criticó en sus memorias la falta de contenido de los Tratados, la ausencia de ideales y la carencia de respuesta a los problemas que habían dado pie al levantamiento. Tiene razón. Pero, es cierto también que los Tratados no son un principio sino un fin: son la lápida que selló al Porfiriato y, para cuya tumba, no existía promesa de resurrección.

*INVESTIGADORA DEL INEHRM

FIRMANTES

Fueron Francisco I. Madero, José María Pino Suárez y Francisco Vázquez Gómez y del lado gobiernista, Francisco S. Carvajal.